

PQ7297

Z3

M4

V4



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

CAPITULO I.

Nuevos proyectos.

Aunque Duval manifestó delante de Nuñez una tranquilidad inalterable, y se alejó de él con aire triunfante, la calma y el aspecto de seguridad eran aparentes.

Conocia el valor, el talento, la honradez y la amistad de aquel jóven hácia Leopoldo, y cualidades eran estas que si al principio se detendrian ante la amenaza que le habia hecho, de asesinar al amante de Inés, hallarian al fin la manera de descubrir todos sus crímenes, y de entregarle al brazo inexorable de la justicia.

Este pensamiento le estremeció.

Duval conoció que podría detener por al-

002849

gunos dias el golpe que le amenazaba; pero que éste caería sobre su cabeza tan luego como Nuñez hallase el modo de delatarlo, sin temer ya la amenaza con que le habia hecho enmudecer.

Duval, preocupado con esta terrible idea que le hacia temblar, caminaba rápidamente hácia su casa, maldiciendo el instante en que se dirigió á la plazuela de S. Lázaro.

—¡Oh! ¡estoy perdido!—Pensaba interiormente.—¡Todos mis planes, todos mis proyectos, todas mis esperanzas han venido en un instante á tierra con el encuentro de ese mendigo! ¡Temiendo que me delatase Don Felipe, como monedero falso, he mandado asesinarle, y ahora me encuentro con que esa sangre derramada ha sido estéril, porque me queda un enemigo mas temible que puede hacerme conducir al patíbulo, á la menor palabra que pronuncie!

Y Duval se estremeció.

La idea de una muerte afrentosa se fijó en su mente, y la sangre se le coaguló en las venas.

Pálido, y casi sin aliento, prosiguió su ca-

mino, buscando el medio de conjurar el inminente peligro que le amenazaba.

Dominado por el miedo y el terror, y fija su mente en un pensamiento, no advirtió que habia extraviado el rumbo de su casa, y que habia tomado otro muy distinto.

Así marchó por un gran rato, hasta que notando lo mucho que tardaba en llegar, fijó la atencion en la calle que cruzaba, y se encontró con que se habia extraviado.

Esto pareció sobresaltarle; pero luego, reconociendo detenidamente el sitio en que se hallaba, dejó ver en su rostro la alegría.

—¡Estoy en la calle donde vive el doctor!—Dijo para sí con marcado placer.—¡Oh! ¡el cielo ha guiado mis pasos sin duda para presentar el remedio á mi afliccion! Si como espero, me ha librado ya á esta hora del hombre que era dueño de mi secreto esta misma noche, ¿por qué no me ha de salvar del que lo es en este instante del mayor de todos? Sí; el me salvará.

Y animado con esta reflexion que le volvió todo el valor que poco antes le habia abandonado, avanzó unos cuantos pasos,

llegó á una casa de agradable apariencia, llamó á la puerta, que la abrieron apenas fué reconocido por el portero: preguntó á éste por Willey, y al oír que acababa de llegar, subió en dos saltos la escalera, y penetró en la habitacion.

El doctor, al verle, se sorprendió.

—¿Viene vd. á saber el resultado de mi empresa?—Le preguntó Willey en voz baja; y luego, tomándole de un brazo y conduciéndole á un extremo de la pieza, le dijo al oído:—¡Ha muerto!

En el semblante de Duval se retrató el placer de los réprobos, y apretó la mano del doctor en señal de reconocimiento y gratitud.

—Veo que es vd. un hombre de valor y de provecho....

Le dijo volviéndole á apretar la mano.

—Gracias.

—¿Y nada se ha sospechado?

—Nada: todo se presentó á medida del deseo; y despues de haberme vuelto tranquilo al baile para que nadie notase mi au-

sencia, me he retirado á casa sin tropiezo ninguno.

—Bien.

—¿Y vd. ha ido á ver á nuestros aliados?

—Sí, por desgracia.

—¿Cómo por desgracia! Pues ¿qué, ha ocurrido alguna novedad?

—Y muy sensible.

—¿Cuál?

Preguntó alarmado Willey.

Duval que jamás habia confiado á Willey el secreto de las libranzas falsificadas, y que trataba de seguir guardando la misma reserva, temiendo que si se lo confiaba, le exigiese la mitad de su primer capital en premio de no revelarlo, contestó despues de meditar un instante.

—Que ha habido un hombre que ha seguido mis pasos y ha escuchado cuanto comuniqué á nuestros socios.

—¿Será posible!

—Sin duda. Le sorprendí al abrir la puerta de la Quinta; pero echó á huir al verme, y no le pude dar alcance.

—Y ese hombre, ¿quién era?

—Nuestro perseguidor.

—Su nombre.

—Nuñez.

—¿El antiguo mendigo?

—El mismo.

—¡Oh! ese hombre es nuestra sombra.

—Nuestro acusador.

—¡Estamos perdidos!

—Sí, perdidos; porque ha escuchado nuestros secretos y puede revelarlos.

—Y el primero á quien habrá contado cuanto ha oído, será á Leopoldo.

—Sin duda alguna.

Exclamó Duval tratando de dar cuerpo á los temores de Willey para que así obrase, aunque en su interior estaba convencido de que Nuñez no se atrevería á revelar nada de lo que realmente había pasado.

—Nuestra situación es cada vez mas comprometida.

—Es preciso ver de qué medios nos valemos para salir de ella.

—¡Oh! tengo uno muy bueno.

Dijo Willey despues de meditar un instante.

—¿Sí?

—Sí.

—¿Su muerte?

—No; pero que dará los mismos resultados.

—¿Cuál?

—Me consta que los jefes y oficiales de la guardia nacional, y muy particularmente los de los batallones de Hidalgo y Victoria, se reúnen con frecuencia en cierta casa, y conspiran para derrocar del poder á los hombres que empuñan las riendas del Estado, alentados con la esperanza de que el general Santa-Anna, que se halla en S. Luis á la cabeza del ejército que se prepara á combatir á los norte-americanos, les dará su apoyo.

—Pero eso ¿qué tiene que ver con Nuñez y Leopoldo?

—Tiene que ver, que ambos son oficiales de esos cuerpos de nacionales, y que por lo mismo están comprendidos en el plan.

—¿Y piensa vd. denunciarlos?

—Pienso saber el dia en que se vuelvan

á reunir, y cuando se encuentren juntos y con el plan en la mano, hacer que caiga una fuerza de policía sobre los conspiradores, que serán conducidos fuera del país.

—Excelente.

—Pero se me olvidaba que para esto es preciso que trascurra algun tiempo, y que antes seremos denunciados.

—No: si está vd. cierto de que conspiran, y que pueden caer en poder del gobierno, yo tengo un medio de obligar á Nuñez á que guarde silencio por ahora sobre lo que ha oido.

—¿Cuál?

—Le diré á vd. lo que vd. me contestó cuando le pregunté cuál era el medio de hacer recaer las sospechas de la muerte de Flan sobre Félix: "ese es mi secreto."

—Está bien. Solo deseo saber si es tan seguro como el mio.

—Segurísimo.

Contestó Duval, persuadido de que Nuñez no se atreveria, al menos por algun tiempo, á revelar lo que habia descubierto,

por temor de que fuese asesinado Ricardo, el amante de Inés.

—Siendo así, el golpe es infalible, y podremos deshacernos de dos enemigos sin necesidad de derramar mas sangre.

—Perfectamente.

—Los asesinatos siempre traen complicaciones.

—¿Cómo! acaso el cometido en Flan...

—Ese no debe inspirarnos ningun temor: ha sido ejecutado con toda seguridad.

—Pero ¿quedó bien muerto?

—¡Oh! no me cabe duda.

—Bien: me voy tranquilo.

—Con respecto á Leopoldo y Nuñez, el éxito será tambien favorable.

—¿Y si fracasase el medio elegido?

—Entonces no faltará una ocasion propicia y un puñal del temple del de esta noche.

—¡Bravo! Es vd. todo un hombre.

—Lo que soy es un bribon, como lo es vd., que se ve precisado á obrar así para no perder lo que ha ganado.

Duval le tendió la mano sonriendo, y dijo estrechándosela:

—Adios, amigo mio.

—Adios, señor Duval.

Y este último salió á la calle, y se dirigió á su casa halagado con la idea de triunfar bien pronto de Nuñez y Leopoldo, mientras Willey, sin acordarse del crimen que acababa de cometer, ni de la sangre que habia vertido, se metia en la cama tranquilamente pensando en la manera de vencer la esquividad de las mujeres que le negaban su amor.

CAPITULO II.

¡Las declaraciones.

Volvamos, por un momento, á ocuparnos del asesinato cometido en la persona de D. Felipe Flan.

Lo primero que hizo la justicia al penetrar en la casa, fué colocar centinelas en la puerta de la calle para que á ninguno se le permitiese salir.

El juez, seguido de un escribano y de varios agentes de policia, se dirigió á la alcoba del desgraciado Flan que estaba muerto en su lecho, y rodeado de Soledad, de Félix y de todos los criados de la casa.

El juez, despues de informarse del su-